

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 279

Sevilla—Miércoles 3 de Diciembre de 1902

AÑO XXVI

Propósitos de gobierno

De prisa y corriendo fué convocado el Consejo de ministros que se reunió el domingo en la presidencia.

En esta reunión se acordó mantener en toda su integridad el decreto sobre enseñanza de la doctrina cristiana en castellano.

Parece que las primeras protestas que han llegado á manos del Gobierno son las de los obispos, abades y demás gente de iglesia de la comarca catalana, que propala con gran empeño el periódico *El Liberal* de Madrid, órgano autorizado, á lo que parece, del regionalismo neo. Esta actitud del llamado diario democrático no nos sorprende, porque ya hace algún tiempo que se ha significado en esas direcciones políticas de estimar buenas y propagar en sus columnas las aspiraciones del regionalismo que profesa la doctrina contenida en el programa de Manresa.

Ahora se ponen otros jalones á la perturbación y al descontento, atizando la discordia. Sea en buen hora; pero noten bien nuestros lectores que los que secundan la acción de Rusiñol son los obispos y algún Vallés y Ribot más ó menos federal, pero siempre, y por encima de todo, amante cariosísimo y entusiasta de la Compañía de Jesús; á esto unidos los restos de aquella asamblea de Zaragoza que dió vida á la Unión nacional, que, revolcándose hoy en profundas divergencias entre los pocos que aún quedan, llegan hasta nosotros los ecos del propagandista aragonés, que también se une estrechamente á la acción catalanista.

Si nosotros pudiéramos hacer algún ruego al Gobierno ó tuviéramos esperanzas de que por una vez había de inspirarse en los sentimientos verdaderamente nacionales y en la doctrina democrática, le pediríamos una resolución inmediata en este problema del catalanismo, haciendo conocer al país las fuerzas de que dispone ese nuevo enano de la venta, que amenaza á diario y que no va al Congreso á otra cosa que á resolver asuntos de un interés puramente local; y que tras de esa información se dictaran las oportunas disposiciones legislativas, fijándose siempre la mente en aquellas de carácter económico que afectan á unos cuantos comerciantes e industriales enriquecidos, abarcando también á funcionarios públicos de la clase de obispos, á quienes ya no se puede tolerar esa enemiga declarada contra las instituciones nacionales y esa conspiración descarada contra la patria española.

No hay que olvidar también que Nocedal es regionalista, y que D. Carlos, desde Loredán, hace poco que afirmó una vez más esa tendencia como parte integrante de su programa político.

Todos los enemigos de una España grande y prestigiosa han acampado en las tiendas del regionalismo catalanista, bajo la suprema dirección del papado, y la inmediata de los mitrados catalanistas que incitan á todas las provocaciones y se atreven á todas las resistencias, amenazando al Gobierno que les paga mensualmente sus haberes.

Del Instituto del trabajo que ideó el señor Canalejas y que el Gobierno ha hecho suyo y traducirá en ley inmediatamente, pueden derivarse algunas medidas de carácter gubernativo y legislativo, orientadas en el sentido indicado con otras resoluciones de carácter urgente: antes que el partido conservador, para halagar á los neos, llegué al poder y decrete algo peligrosísimo para los intereses nacionales, que bien conocidas son en este punto las miras de Silvela.

Medidas urgentes, muy radicales é informadas en los principios democráticos, son las que se imponen.

A. A.

Murmuraciones

El señor ministro de Marina, duque de Veragua y pariente por la manta baja de Colón, ha sido derrotado en el Congreso.

Y con el señor ministro ha sido derrotado el Gobierno.

Preguntado éste en la persona de uno de los ministros más caracterizados, contestó que el suceso no tenía nada de extraño, ni el ministro de Marina era quien para que el ministerio en general se diera por ofendido.

Quedamos, por consiguiente, en que el Gobierno ha sido derrotado, ¡pero que no hace caso!

Habrà de ocupar el sitial hasta que le digan:—Esta es la fecha convenida. Sagasta, vete. Y Sagasta se irá.

El gobernador de Barcelona, señor Manzano, muy conocido en Sevilla, ha presentado su dimisión á la fuerza.

¿Quién le tenía de decir á dicho señor que había de morir políticamente por la Doctrina cristiana?

Ni los anarquistas, ni los socialistas, ni las infinitas revueltas caecidas, durante el mando de dicho señor, lograron darle un disgusto siquiera.

Ha sido necesario que el señor Conde de Romanones se meta con la Doctrina cristiana para que la guardia civil apalee á los catedráticos y, por ende, el señor Gobernador caiga de bruces, rompiéndose la credencial.

En unas oposiciones que aquí se están celebrando para cubrir la vacante de un canónigo, están dando pruebas claras y precisas en favor de un candidato. Y... por eso, y por lo otro que se tiene muy callado, han protestado en la Prensa, el incógnito guardando, algunos opositores que ya se ven postergados.

Pues si todos son ministros del Señor, ¿por qué en sus cantos, en sus rezos y respuestas, no se quejan á lo alto, y que vayan al infierno esos jueces desdichados que desatienden lo justo, á la Justicia burlando?

El señor Marqués de Paradas viene para Sevilla.

Dicen que ahora arreglará eso que aquí se llama partido liberal sevillano.

Peró no hay tal cosa.

El señor marqués, apenas descansa en Sevilla un par de días para contarse á D. Manuel Héctor su peregrinación por las clínicas de París, Alemania y Londres, sin resultado positivo para su endeblez espiritual y corporal, se marchará á Ronda á presenciar la cosecha de los peros.

Y después, cuando llegue Navidad, vendrá á Sevilla para asistir á las jornadas del Niño Jesús, en donde hará de rey Gaspar.

Esta noticia tiene migas:

«El Tribunal Supremo se ha reunido hoy para conocer del proceso que se siguió contra los magistrados que componían la sala de justicia de la Audiencia de Santiago de Cuba por prevaricación.

Ignórase el paradero de los magistrados.

El fiscal solicitó el sobreesamiento del proceso.»

¡Es claro! Ignorándose el paradero de los culpables, ¿á qué emborronar papel y gastar saliva?

Se sobresee la causa en 31 de Diciembre, y en 1.º de Enero de 1903 aparecen los prevaricadores solicitando colocación.

Y habrá que dársela. ¡Los derechos adquiridos!...

En la última votación del Congreso, en la que ha sido derrotado el Gobierno, Rodríguez, Montilla y Suárez Inclán, ó sea Araña, Concha y Cortés, se negaron á votar en favor del Gobierno, arguyendo que éste los había abandonado.

De donde se deduce que el partido liberal en Madrid está como en todas partes.

Es una agencia de negocios y cada uno trabaja ó negocia por su cuenta.

¿Se acuerdan ustedes de lo que dije días pasados acerca de una estatua de Isabel segunda? Pues hoy hay más noticias que corroboran lo que, en un principio, fué únicamente presunción.

Léase:

«Por el mismo autorizado conducto que nos trajo la noticia de la desaparición de una estatua decapitada de Isabel segunda de los depósitos de la Diputación provincial, hemos sabido que aquel mármol, modelado por el escultor Aleu, ha sido vendido en la trapería y almacén de trastos

viejos, instalado en la calle del Consejo de Ciento, y adquirido por un vecino de la de Balmes.»

Luego Isabel segunda, en efígie, ha estado rodando por una trapería en Barcelona.

El hecho no tendría nada de extraño si este país no fuera un país eminente y borbónicamente monárquico.

Después de lo que ha rodado la buena señora, por tronos y pueblos, ir, en efígie, y sin cabeza, á una trapería.

¡Esto sí que es el colmo de la desgracia majestática!

Un letrado práctico:

«Un abogado húngaro, llamado Francisco Botto, que acaba de morir á los sesenta años, ha legado una suma de 300.000 francos á la ciudad de Grosswaadein, para fundar una escuela de cocina que deberá llevar su nombre.

En su testamento declara el abogado que el arte culinario es más útil y bienhechor que las Bellas Artes y que es preciso alentarle todo lo posible.»

¡Apenas si sacaría este *gachó* buenas chuletas de las costillas de sus clientes!

El Liberal de Sevilla de hoy, ocupándose en los ensanches, exclama:

«Lo que falta aquí son iniciativas, hombres que desentumescan los bolsillos y los arrestos. Estamos convencidos. Es preciso en esta tierra hablar muy alto, llamar muy fuerte en las conciencias para que cada cual sepa lo que le conviene.»

Padece usted, querido colega, de una grave equivocación.

Por muy alto que se hable, nadie escucha sino aquello que le conviene á su particular interés.

Un catedrático de nuestra Universidad á uno de sus discípulos:

—Oye, Joaquinito: Tú que tienes ascendiente con tus condicpulos, es necesario que les hables para ver si los catequizamos para la congregación de Jesús.

—Usted, ¿por quién me ha tomado á mí?

—Peró tú...

—Yo soy todo lo contrario, y entiendo que la misión de un catedrático debe de ser muy distinta de la del espolique de los jesuitas.

¡Ya verá ese deslenguado lo que le sucede á la hora de los exámenes!...

CARRASQUILLA.

Una excursión aerostática

A las diez en punto de la noche del jueves 30 de Octubre pasado, el *Aero-Club número 2*, globo libre, de 1,500 metros cúbicos de capacidad, salió del *hangar* de Raull (París), conduciendo á su bordo á don Jaime de Borbón al conde de la Vaulx; al de Kergariou y á quien esto escribe, faltando á la lista su principal atractivo: una mutchacha española, ilustre, bonita y conocida, á quien muy atendibles consideraciones sociales, y no la falta de arrojo personal y varonil, dejaron en tierra.

Un magnífico ramo de flores, hecho por bellas y nobles manos, fué atado al círculo de sostenimiento de la barquilla, á guisa de galante bandera; mientras el *rey del aire*, el valeroso de la Vaulx, que tantas, tan famosas y tan conocidas proezas ha realizado ya en el nuevo deporte de la aerostación, tomaba las últimas disposiciones, reconocía la barquilla, la jarcia, los aparatos, los demás nos requisábamos mutua y escrupulosamente los fósforos, materia contumaz en las nubes. Un numeroso grupo de *amateurs*, socios del aristocrático *Aero-Club*, ingenieros, físicos, mecánicos, meteorólogos, nos rodeaba, ayudándonos en los preparativos finales.

Por fin, llegó el momento de partir: libre el aerostato de los pesos que lo retenían en tierra, penetramos en la barquilla los cuatro ascensionistas; á brazo, el *Aero-Club número 2* salió de la gigantesca armazón del *hangar* y fué conducido, á ras del suelo, hasta pleno campo; una vez allí, cambiáronse los últimos saludos, los postreros apretones de manos, y, al grito de *láchez-tout* del conde de la Vaulx, la nave aérea, graciosa y lentamente, comenzó á remontarse y á marchar hacia el Sur.

¡Henos ya en competencia con los pájaros! Mientras de Kergariou, á quien correspondía es-

te importante menester, desarrollaba la cuerda del *guiderope*, y mientras de la Vaulx consultaba atentamente, y con ayuda de una lamparita eléctrica de bolsillo, el estatóspero, don Jaime y yo admirábamos el mágico espectáculo de París de noche. La ligera brisa nos empujaba hacia Vincennes, es decir, que, siguiendo próximamente el curso del Sena, atravesábamos la capital por su mayor diámetro.

A una altura media de 400 metros, la inmensa metrópoli se ofrecía á nuestra vista con todo su maravilloso esplendor; inmensas, dobles filas de luces, las avenidas de escrupulosa rectitud que constituyen la Lutecia moderna, parecían marchar en dirección contraria á la nuestra, mientras que el globo semejava hallarse inmóvil. La enorme masa negra de la torre Eiffel quedó pronto á nuestros pies; la plaza de la Concordia apareció un instante como inacabable plantel de fanales de diversos colores. Media hora aún duró la encantadora visión; por fin, poco á poco, la obscuridad fué haciéndose más densa, el ruido que hasta nosotros llegaba más confuso, y París, al cabo de pocos minutos, solo nos señaló su presencia, allá á lo lejos, por el blanquecino resplandor que sobre las nubes proyectaba.

Entonces comenzó nuestra instalación. En los globos no se admiten vagos, todo el mundo, á las órdenes del capitán, tiene algo que hacer, y si obedece prontamente, y si tiene sangre fría, y si no se aturde, puede contar por seguro que vencerá todos los obstáculos y saldrá incólume de todos los peligros. La brújula del aerostato es el estatóspero, que indica al instante si se sube ó si se baja; el barómetro registrador, que va inscribiendo sobre el papel cuadrículado el esquema de las latitudes, es su cuaderno de bitácora. Así es que estos dos aparatos fueron confiados á los dos aeronautas veteranos, al conde de la Vaulx, que contaba con un activo de 75 ascensiones anteriores, y á don Jaime, que realizaba en aquel momento la octava de las suyas. De Kergariou, que solo de otra podía alabarse (por cierto que peligrosísima) á través del Canal de la Mancha, y llevada á cabo en condiciones terribles, de las cuales solo se salvó á fuerza de serenidad y valentía, fué dueño y señor del *guiderope*; yo, el novato, encargado de arrojar, á la voz de mando, el lastre, operación que fué realizando hasta que el globo, á unos mil metros de altura, se equilibró definitivamente.

Por mal de nuestros pecados, solo contra el frío habíamos tomado precauciones, pero no contra el agua; abundaban las pieles y faltaban los impermeables, y, en efecto, las nubes, indignadas de vernos invadir sus dominios, castigaron nuestra osadía enviándonos, durante toda la noche, un chaparrón deshecho. Don Jaime se consolaba recordando las maniobras de invierno en Polonia; yo, mi brumoso clima de Galicia; en cuanto á los franceses, no sé qué recordaría; pero lo cierto es que, sin protesta de ninguna clase, pusieron al mal tiempo buena cara y se dejaron remojarse concienzudamente.

A un tiempo brotó en todos la feliz idea de reconfortarse con algo, si no caliente; por lo menos capaz de producir calórico en el estómago; entonces Kergariou habló de cierta botella del champaña más seco de todos los champañas que debía yacer, gracias á su solícito cuidado, en lo más profundo del cesto de las provisiones. «Ni una palabra más», dijimos todos; y el joven vendeano (pues el conde de Kergariou es vendeano, y joven, y perteneciente á una de las más ilustres familias de aquel país), comenzó á revolver, lamparilla eléctrica en ristre, el antro de los comestibles; pasaron dos, tres, cinco minutos, y nuestro compañero no enderezaba el espinazo, mientras le oíamos murmurar con voz irritada:

—¡Sapristil! ¿Dónde está este condenado champaña? ¡Nom d'une pipel! ¡Yo bien he mandado que lo trajesen.

Por fin, demudado, lívido, se volvió hacia don Jaime:

—Monseñor, no han traído el champaña.

—¿No han traído el champaña?

—No, monseñor, no lo han traído. ¡Nom de nom d'un chien!

Las miradas de la Vaulx y más se fijaron, elocuentísimas, en el pobre vendeano.

—Mejor—dijo—don Jaime.—Así como así, no me gusta.

—A mí, sí—indicó filosóficamente de la

Vaulx—pero nos resignaremos a la fuerza.
—Hay un medio de conciliarlo todo—dije.
—En el primer lugar en que lo encontremos, después de nuestro descenso, de Kergariou pagará, en castigo, dos botellas.

Aprobada por unanimidad esta ley de guerra, y después de haber sustituido el espumoso y ausente vino por unos tragos de Borgoña, el conde de la Vaulx comenzó a relatarnos varias de sus aventuras aéreas.

Nos habló de su célebre viaje de nueve mil y pico de kilómetros, de París a Kiew, en Rusia, y de su famoso caída desde cuatro mil metros. A esta altura el globo se abrió, comenzando a descender vertiginosamente; aunque pareciera una paradoja, el que cae desde cuarenta metros puede tener la absoluta seguridad de matarse sin remedio, a causa del brevísimo instante que se tarda en tocar el suelo; mientras que cuando el accidente ocurre en las altas capas atmosféricas, hay tiempo de tomar algunas determinaciones salvadoras, y siempre queda una probabilidad de llegar vivo; las catástrofes recientes de Severo y de Bradwky ocurrieron a alturas muy moderadas. De la Vaulx tuvo lugar a ir arrojando todo el peso del lastre: ancla, guiderope, aparatos, hasta la barquilla inclusive, y, por fin, de desgarrar por completo el globo, del cual hizo paracaídas.

Mientras escuchábamos estas explicaciones comenzó a notarse un ruido extraño, una crepitación insólita en lo alto del aerostato. Quedamos en absoluto silencio, tratando de indagar qué sería aquello...

—¡Una fuga!—dijo de repente de Kergariou.
—No puede ser—respondió de Vaulx, algo contrariado, consultando el estatóscopo.

Sin embargo, la aguja del aparato se inclinaba francamente hacia la izquierda: descendíamos.

—Coja cada uno, por si acaso, dos sacos de lastre—dijo de la Vaulx.—No puede ser una fuga; pero...

—Es una fuga—respondió de Kergariou.—¿Por qué descendemos tan de prisa, si no?

—No lo sé, no lo sé. Un saco afuera.

Los veinte kilos de arena se esparcieron por la atmósfera. El globo dió un salto, ascendiendo unos doscientos metros. Pero, de nuevo, la aguja comenzó a señalar el descenso...

—Otro saco... Otro... Otro.

A intervalos regulares, los sacos fueron vaciados. A cada uno que caía, el aerostato se remontaba velozmente, pero de nuevo volvía a descender. Por fin, cuando ochenta kilos hubieron desaparecido, la aguja recobró la vertical.

—¿Ve usted como no era una fuga?—dijo de la Vaulx, dirigiéndose a de Kergariou.—Si lo fuese, ya estaríamos en el suelo.

El viaje siguió sin más incidentes; por fin, una claridad pálida é indecisa comenzó a extenderse por la espesa nube que nos envolvía: era el amanecer. Estábamos calados, y, aunque el chaparrón tendía a cesar, se decidió, en consejo, el descenso. Si, mojados como estábamos, hubiésemos seguido todo el día, conforme al proyecto, de seguro teníamos cama para un par de semanas.

Una cinta blanca y recta comenzó a dibujarse en la superficie terrestre; abierta, durante unos segundos, la válvula, nos acercamos al camino real; cuando estuvimos a unos doscientos metros del suelo, gritamos a un carretero que pasaba:

—¡Ohé! ¡Ohé!

—¡Ohé!—nos respondió el asombrado caminante desde abajo.

—¿Dónde estamos?

—En Francia.

—Bueno; pero ¿en qué departamento?

—En la Nièvre.

—¿A qué distancia del ferrocarril?

—A 15 kilómetros.

—Gracias.

Renuncio, en honor de la brevedad, a describir cómo, a pocos metros de la carretera y ayudados por una nube de campesinos, que nos hizo cordialísimo recibimiento, tomamos tierra a las siete y cinco minutos de la mañana; cómo una honrada familia de labradores, encargada de la custodia del lindo castillo de Jerusalem, nos procuró lumbre reparadora, limpias camisas, sabroso desayuno, y cómo, una vez doblado y acomodado el globo en su barquilla, lo enviamos a Cosne, pueblecillo de tres mil almas, al cual, también nosotros, nos trasladamos luego para almorzar, bebernos las botellas de Kergariou y tomar el rápido de Lyon-París, que, sanos y salvos, nos depositó en esta capital a las seis de la tarde.

Nuestro viaje aéreo, cortado en su mitad y cuando más atractivos ofrecía, por mal tiempo, nos había permitido recorrer 250 kilómetros en línea recta. Por fin, no dejaré de añadir que, afortunadamente, los conspirados con que Le

Matin primero y después los corresponsales españoles tuvieron la bondad de obsequiarnos, no llegaron a presentarse.

Una vez de nuevo en París, don Jaime me preguntó:

—¿Qué le ha parecido la aerostación?

—Preciosa, señor, encantadora—le respondí.—Desde este momento soy uno de sus más fervorosos propagandistas y, ó poco he de poder, ó de la Vaulx y yo haremos, antes de mucho tiempo, ascensiones en Madrid. Un deporte magnífico. En una palabra: pero un deporte de verano, señor, de verano.

JAIME QUIROGA PARDO BAZÁN.

LA TABERNA

No creemos exagerar si decimos que en el ochenta por ciento de los procesos que se sustancian juega la taberna papel importante.

Cuando no se ha realizado el delito en uno de estos antros, allí se ha planeado por lo menos. Está demostrado que la taberna es el principal foco de corrupción y de envilecimiento; la causa de que el hombre pierda, bajo la acción del alcohol, lo que tenía de racional, y la de que el perverso encuentre el aliento y los medios que necesitaba para realizar las grandes fechorías. Para el obrero honrado tiene la taberna el peligro de que si se aficiona a ella, por lo ameno de la tertulia que se desliza sobre trago de amflico y trago de peleón, puede trocarse en un idiota ó en una bestia; para el hombre perverso tiene la ventaja tal antro de poder, mediante él, conocer a fondo a los individuos para elegir cómplices después de haberse ido insinuando por grados y sin peligro. De aquí el que si se trata de riña sangrienta haya que pensar en la taberna más inmediata al sitio en que se ha encontrado al herido ó al muerto, como fuente principal de información; porque es seguro (muy pocas veces sucede otra cosa) que allí comenzó la disputa y que de allí salieron desafiados los combatientes. Y que si se trata de robos, también hay que pensar en la taberna como medio para aclararlos, porque es indudable que en ella se conocieron los varios individuos que han intervenido en el hecho y que allí se pusieron de acuerdo para realizarlo.

La taberna, tal como es hoy, resulta un peligro para la sociedad. En esto conviene el mayor número de los ciudadanos, incluso hasta algunos de los que por su afición a ellas han sido víctimas ya de muchos tropiezos. Pero ¿qué hacer para remediar el mal que por causa de éstas se produce? Aquí es donde varían los pareceres. Suprimirlas, como quieren los unos, resultaría una tiranía para gentes que solo van a ellas con propósito de tomar un par de copas y no pueden concurrir al café por no alcanzarles para tanto el dinero. Sabido es que en los cafés no se puede hacer nada con diez céntimos. Para ocupar una silla y poder pasar un rato en conversación con los compañeros de oficio, se necesita un par de reales cuando menos.

Ordenar que se cierren a las dos de la madrugada, como se hace de vez en cuando, aunque casi nunca se cumple la tal orden, tampoco resultaría eficaz. Y lo mismo sucedería adelantando ese cierre, aunque fuese de verdad, un par de horas más, es decir, obligando a los taberneros a que expulsen a los parroquianos de su establecimiento a las doce.

Porque en tal caso se haría en menos horas la carga debida que ya tienen costumbre de pagar los contentillos y que ahora la hacen en casi toda la noche; y porque los tunantes que toman la taberna como base de operaciones, esto es, para cometer fechorías, adelantarían sus visitas a esos antros, haciéndolas en las primeras horas de la noche en lugar de hacerlas en la madrugada, como ahora. Con esto no se remediaría nada. Es más, acaso resultase peor la reforma, porque echando a la calle a las doce, de las tabernas, a los borrachos, sufrirían las consecuencias de la embriaguez de éstos los vecinos que salen a esa hora, por regla general, de los teatros.

Se propone lo del cacheo en las tabernas. Mas esto está probado que es irrealizable en España; a lo menos en forma que sea útil. Aquí no hay constancia para estas cosas, y, en cambio, hay mucha falta de escrupulosidad por parte de los que habían de realizarlo. Cuando no se violenta al hombre honrado, sometiéndole a un registro depresivo y molesto, en tanto que se deja campar por sus respetos a los alias conocidos, que siempre van armados, como ha sucedido en más de una ocasión, se provoca un escándalo muy gordo a fin de que se desacredite la disposición y tenga que suspenderla el gobernador.

Alguien indica la creación de un impuesto gravosísimo sobre el vino y el aguardiente, como medio de matar la taberna. Pero esto sería castigar a la gran mayoría de los trabajadores honrados que apenas pueden hoy permitirse el lujo de probar el vino en las comidas, por causa de los impuestos de Consumos. Y, en cambio, no se evitaría la taberna. Lo que ocurriría es que se consumiría en ellas cervezas ó otras bebidas extranjeras, con perjuicio de los productores nacionales.

Ninguna de las reformas indicadas hasta ahora ofrece utilidad ni eficacia para el fin que ha de perseguirse, que es el de matar la costumbre de la taberna sin que resulte tal cosa una tiranía para la clase obrera honrada.

Y esto es lo que ha movido a un diputado a estudiar el asunto para ver si da con la *pedra filosofal*. Este diputado dice que ha dado ya con ella y que pronto presentará una proposición de ley en el Congreso respecto del asunto.

Lo que el diputado aludido parece resuelto a pedir al Parlamento es que vote una ley mediante la cual resulte gravada en un 300 por 100 toda bebida alcohólica que se expenda en la taberna, y al mismo tiempo que se rebaje en un cincuenta los derechos que hoy se exigen por arroba de vino y de aguardiente para el consumo en la casa.

—De esta manera—dice—se acostumaría el obrero a beber solo en su casa, en compañía de la familia, huyendo del peligro de la taberna y de los compañeros que con su costumbre de las rondas de copas interminables hacen vicioso al que no lo era.

Como la exacción de tal impuesto a las tabernas había de ofrecer muchas dificultades, por lo fácilmente que había de prestarse el matute del dueño del establecimiento, está consagrado ahora el diputado aludido a ultimar algunos detalles para evitar esto. Tan pronto como tenga resucita esta parte, presentará la proposición.

¿Se aprobará esto? ¿Sería eficaz, caso de aprobarse? ¡Vaya usted a saber!

La cosa nos parece, sin embargo, digna de tenerse en cuenta. Que hay que hacer algo, sea lo que quiera, para evitar los daños que la taberna ocasiona, está fuera de toda duda.

R.

Salomón maruso

CUENTO

Era en los últimos días de la guerra del Transvaal.

Inglaterra tomaba posesión de las codiciadas Repúblicas, y con eso que hemos dado en llamar «sentido práctico», asimilándolo a los instintos para disculpar nuestra pereza en adquirirlo, puesto que no es otra cosa que estudio y previsión, invadía un territorio a las diez y lo colonizaba a las once.

La raza gallega, fuerte, sobria, trabajadora, enemiga de disturbios y enamorada de la tierra que cultivaba, convenía particularmente a los designios de Inglaterra, que con más ó menos disimulo levantó en Galicia banderín de enganche.

Ofrecer al gallego un pedazo de tierra y la ciudadanía inglesa era un cebo seguro para gente acostumbrada a la emigración; al Transvaal fueron pocos gallegos, y mal año para los boers que, acabada la guerra, hayan querido echar de aquellas tierras a los marusos. Más fácil sería que echaran a los ingleses.

Había por entonces en Poviño dos hombres a los cuales separaba una rivalidad más terrible que la andaluza ó la vasca. Dígolo porque en Andalucía hubieran rivalizado por *guapos*, en Vizcaya por *pelotaris*, en Poviño rivalizaban por quién era más gallego, es decir, quién adquiría más, gastaba menos y trabajaba mejor.

A pesar de lo cual ni uno ni otro habían salido de pobres, porque el trabajo no da para eso; y ambos permanecían solteros a los cuarenta años, temeroso cada uno de ellos de que el otro no se casara y ahorrara más, y le echara el pie delante.

Se hablaban sólo para darse ánimos en este particular, pero infructuosamente.

—¡Oh, Ramón!

—¿Qué?

—Dijéronme que te casas.

—Cuando tú.

Y el *corruptor* comprendía que Ramón era incorruptible.

A Juanín también se le pasaban buenas ganas de maniobrar; pero sin que se casara Ramón, imposible.

Para quitarse la tierra no se hablaban. Tenían los predios colindantes; y si por la mañana observaba Juanín que Ramón había movido las piedras del lindero metiéndose en su propiedad cosa de un palmo, por la tarde se encontraba Ramón con que Juanín se le había entrado media vara. Todo eso sin disputas, como buenos amigos.

En esta situación supo Juanín lo del Transvaal, y formando inmediatamente su propósito, se enca-

minó a la Coruña, con la mano sobre la conciencia y el miedo de contárselo a cualquiera y que lo contara Ramón.

El lector adivina ya que Ramón fue la persona que encontró Juanín en la Agencia de la taberna del muelle).

A los ocho días se hacían a la mar, y después se encontraban en Pretoria, en el campamento del mayor O'Klear, que los despachó en un tren. Eran compatriotas, paisanos ó amigos, y se alegraron mucho de haberse encontrado, pero se alegraron más de haberse encontrado para que lo repartieran entre ellos como se ven.

—¡María Santísima! A la media hora me gustaban dónde había abogados, pensando en pleitos a la Gran Bretaña.

—¡Malos demos! ¡Así piensas quedarte en el arroyo!

—¡Y tú con el pradino!

—¡Non me conformo!

—¡En tampoco!

Y volvieron a la presencia del mayor, a por lo vuelven loco.

El inglés les impuso silencio, y reflexionante un minuto, que para los gallegos duró un siglo.

Por fin extendió el brazo para decir:

—Señor Juanín, partirá la tierra en partes.

—Non serán iguales, señor—dijo Ramón—grimas en la voz.

El inglés continuó:

—Y el señor Ramón tomará la parte que le agrade.

Dicen los que han estado por allá que si se repartieran los lotes, no se diferenciarían en un gramo.

ESTEBAN ECHEVARRÍA

Dos libros interesantes

La casa editorial de Sempere acaba de publicar su colección de *Libros populares* con dos volúmenes interesantes, que de seguro serán del gusto público.

Uno es *El amor, las mujeres y la muerte*, de un filósofo alemán Arturo Schopenhauer. Lo que es el pesimismo de este ilustre pensador humorado, que ve siempre negro el espectáculo de la vida y considera el suicidio como el mejor medio para librarse de las miserias, ridículas y dolorosas en que vive la humanidad.

Tratándose de un filósofo tan lóbrego, lo que es decir cuán interesantes y originales resultan sus opiniones sobre cosas tan hermosas como el amor y las mujeres.

Ningún escritor en el mundo ha osado describir las mujeres cosas tan crueles y tan cínicas en el mismo tiempo; y algunas de sus afirmaciones, fuerza de ser originales, resultan graciosísimas. hacen de este libro de filosofía una obra amena, instruye y entretiene a la par. Además, Schopenhauer fué un filósofo amante de la claridad, que no escribió en un estilo sencillo y ameno para que entendiesen todos. Lo que dice del amor, de las mujeres y de la muerte, merece ser conocido.

El otro libro es *Un viaje por España*, de Teófilo Gautier, el artista mágico, el más colorista de los escritores. Habitados como estamos a las mentiras y exageraciones de los extranjeros que visitan nuestro país, hay que reconocer que este libro de Teófilo es el viaje más sincero, exacto y verdadero que ha escrito sobre España.

El gran Teófilo Gautier amaba a nuestro país más aún que a Francia, y lo describe con gran cariño, extasiándose ante sus tesoros artísticos.

Además, realizó el viaje en 1840, cuando España aún no había perdido su carácter, cuando no existían los trajes pintorescos, las costumbres tradicionales y se viajaba en diligencia, visitando pueblos todavía en el ensueño del pasado. Desde un prodigio la pintura de esa España tradicional por un artista como Teófilo Gautier. Esta obra aún no se había dado al público español, y es lamentable que no conociéramos un libro tan interesante para España. El antiguo Madrid, con sus patios y sus grandes corridas reales; Andalucía, con sus costumbres poéticas y bravas, que ya se han perdido en parte; Castilla, con su austeridad y su Mancha con su misera sequía; Valencia, con sus huertanos con facha de moros, todavía en sus cascos; todo aparece en el libro de Gautier, intercalado entre magníficas descripciones de museos y de edificios que ya desaparecieron.

Realmente, en *Un viaje por España*, de Teófilo Gautier, se conoce una España fiel y verdadera, que ya no existe en parte, sintiéndose al mismo tiempo gratitud por el gran escritor que pintó nuestro país amorosamente, sin mentiras ni calumnias.

El libro de Schopenhauer y el de Gautier forman dos hermosos volúmenes, con el retrato de los autores en la cubierta, y se venden, como todos los libros de Sempere, al precio de una peseta.

TEATROS

CERVANTES

ESTRENO DE «PLANTAS Y FLORES»

Al respetable y supremo juez, al público, que quien solo y exclusivamente se escriben las obras teatrales, gustó la revista cómica lírica en un acto y cuatro cuadros, original de Celso Lucio con música de Valverde y Torregrosa, que anoche se estrenó en tercera sección en el teatro Cervantes.

Durante la representación de *Plantas y Flores*, el público, que ocupaba por completo todas las localidades del teatro, mostró de manera evidéntisima que la revista era de su agrado.